

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO. 7281

KERNAN CORTES

Y SUS PRIMERAS AVENTURAS



MEXICO

MAUCU 112

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

HERNAN CORTÉS
y
SUS PRIMERAS AVENTURAS

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

**Maucú Hermanos.— Primera del Relox, 1
1900**



HERNAN CORTÉS



Para que en estos cuentos se refleje por completo la historia de nuestra amada patria, quiero ante todo decirlos quién era el que descubrió ante el viejo mundo el territorio mexicano, siendo también el que lo conquistó y fundó nuestra nación por la fuerza de las armas, sujetando todo un gran imperio.

El hombre que tantas cosas hizo se llamaba Hernán Cortés.

¿Quién fué? Un pobre capitán, un hidalgo español, gallardo, valiente y aventurero heroico.

La historia de su vida es maravillosa, divertida y rara, llena de misterios y aventuras magníficas en que hay manchas de sangre roja y rasgos de tintas misteriosas.

Pues bien, amiguitos, para empezar á decir algo de la conquista os voy á relatar las principales aventuras del gran conquistador Hernán Cortés

Don Fernando Cortés nació en Medellín, pequeña ciudad de España, hijo de padres nobles aunque pobres.

En Salamanca, cuando pasó á estudiar á la Universidad le temían los jóvenes estudiantes compañeros suyos porque era audaz y con un talento maravilloso; su aspecto era gallardo y altanero, su mirada de águila era terrible; manejaba la espada con destreza.

No había noche en que no tuviera que andar á estocadas en los oscuros calle-



jones de la ciudad, regresando á su casa todo ensangrentado.

Las damas le veían con agrado y muchas se enamoraban de él. Su nombre ya era famoso y temido. Cuando algún valiente se enamoraba de alguna joven y se vanagloriaba de obtener su amor, apenas sabía que Cortés también la pretendía, exclamaba:

—¡No! Si ya su corazón es de don Fernando, no seré yo quien me exponga á que me atravesase el pecho de una buena estocada.

¡Con qué envidia lo veían pasar, arrogante, con su gran capa forrada de terciopelo rojo, levantada el ala del sombrero que llevaba prendida larga y hermosa pluma, apoyada la mano izquierda en la empuñadura de la espada, atuzándose el bigote que apenas empezaba á brotar, mirando á todos con aire de desafío, como diciendo:

—¡Ay del que se me ponga al frente!

Y las doncellas tras de las celosías de las altas ventanas antiguas, resguardadas por fuertes rejas de hierro ¡con qué melancólica ternura lo miraban, latiendo el corazón por aquel joven, adivinando vagamente el porvenir de gloria que le esperaba!

Hé aquí una misteriosa aventura que cuentan viejos cronicones de aquellos tiempos, aventura que debió acaso ser causa de que el doncel se lanzara ha-

cia [los] desconocidos países del Nuevo Mundo.

¿Será cierta? Escuchad, amigos lectores, lo que le aconteció una terrible noche de borrasca al salir de una taberna; esta es una historia de amor y sangre, de espantosos fantasmas, de sepulcros y cuevas, en la que apareció el valor de Cortés delante de monstruoso príncipe: ¡escuchad, escuchad!...

*
* *

Varios caballeros envueltos en sus capas negras por fuera, salían en aquella noche obscurísima de una taberna donde todos habían bebido, contando sus aventuras. La lluvia empezaba á caer.

Uno de aquellos caballeros exclamó, cuando todos salían apresuradamente:

—Sois valientes como dignos hijos de la grande España; pero apuesto el corazón de una doncella preciosísima, que es mi hija, á que ninguno hará las hazañas que yo pueda hacer esta misma noche. A ver. Vamos á ver, ¿quién acepta?

Hubo un momento de silencio y después una voz gritó:

—¡Yo!

Entre el montón de caballeros que salían de la taberna aparecía la figura de Hernán Cortés desafiadora y terrible; había sido él quien respondía á las palabras del caballero.

—¿Tú, joven imberbe casi casi? ¿Quién eres?

—Soy Don Hernán Cortés...

—¿Qué has hecho por nuestra patria, por nuestra España, tan joven y tan procaz?

—Nada hasta ahora; pero estoy dispuesto á hacer todo lo que sea posible para su grandeza y por Dios juro que miente el que niegue lo que estoy diciendo.

—Yo lo niego, don Fernando,—continuó la voz estentórea con un acento de mofa.

—¡Pues mentís!—contestó Cortés, ciego de cólera.



—¡Miserable!—rugió el caballero des-
envainando su espada.

Cortés también desenvainó con toda
calma la suya.

Los dos aceros se estrecharon, produ-
ciendo un chis chás horrisono; á la luz
de la farolilla que iluminaba un Cristo
brillaban como re!ámpagos las hojas de
sus espadas.

Los que acompañaban á los caballeros y estudiantes que habían salido de la taberna abrieron paso, hicieron círculo para que pudieran chocar sus armas los dos rivales.

Los dos combatientes chorreaban sangre, los dos no podían ya tenerse en pie y los dos como por encanto contuvieron sus espadas murmurando:

—¡Basta, basta!

—¿Queréis que continúe el combate en un cementerio donde aseguran que aparecen fantasmas en las noches?—preguntó con burla el misterioso adversario de Hernán Cortés.

—Que allí sea. Quiero cumplir vuestra voluntad para que reconozcáis mi valor,—contestó el joven limpiando con el forro de su capa la sangre de la hoja de su espada que había herido ligeramente á su adversario.

El otro, el alto y misterioso personaje también lo mismo. También limpió la sangre de su acero en el forro de su capa.

Los que acompañaban á los combatientes al saber que iban á batirse en un cementerio, temblaron de espanto; se santiguaron y temiendo ver horribles cosas, fueron desapareciendo hasta quedar solos Hernán Cortés y el misterioso caballero.

—¡Vamos al cementerio á luchar!... ¿Tendréis valor, joven insensato?—volvió á preguntar el misterioso personaje.

—¡Vamos hasta que allí quede uno de los dos!—contestó Hernán.

*
* *

¡Y cosa horrible! Volvieron á cruzarse los aceros en el pavoroso silencio del cementerio... Pero tanto uno como otro eran diestros en manejar la espada; ninguno lograba poder llegar con la punta de su acero al centro del pecho del contrario.

Aquel combate no parecía terminar nunca.

—¿Os protege el infierno?—exclamó al fin el adversario de Cortés.—Ahora

os desafío á ir conmigo solos los dos á la caverna de las calaveras azules, donde hemos de encontrar fantasmas con los que tendremos que luchar.

—Iremos hasta allá. Soy capaz de todo eso y aun más, valiente enemigo mío. Vamos, vamos, pues...

· · · · ·
Envainaron sus aceros á la luz de la luna, después de la borrasca, y los dos paso á paso, pero muy de prisa, continuaron su camino por entre los lóbregos campos.

De repente, el caballero misterioso, se detuvo, diciendo:

—Bajemos.

Bajaron. ¡Qué espantoso espectáculo!

Entraron á una cueva de espantosos monstruos; de las bóvedas pendían horribles animales disecados y los muros estaban tapizados con calaveras. Música lóbrega, ronca, tenebrosísima resonaba en las profundidades de la caverna.

—¿Quién es?... ¿Quién llega?...

—Almas de cuerpos que viven, Roque

Negro,—contestó lanzando una carcajada el desconocido adversario de Hernán Cortés.

Luego rieron los dos mientras el joven don Fernando apretaba con valor su mano contra la empuñadura de su espada.

—¿Dónde será por fin la lucha?

—¿Pero cual lucha, don Fernando?

—¡Cómo! ¡Cómo! ¿Os estáis burlando de mí? Aquí me encuentro en la caverna de los seres infernales... Quiero combatir y he de saber también lo que aquí se oculta. ¡Fuera las espadas y que si muero sea peleando en buena lid, si sois caballeros!

Nunca hubiera prorrumpido el joven don Fernando en aquella exclamación; pues volvieron á reirse los hombres de la caverna.

—¡Vas á morir, insensato! Tú no sabes á donde has llegado. Espera.

Así murmuró vagamente una voz lenta, dulce y melancólica, una voz que tenía acentos de voz de ángel. Y volvió á repetir:

—¡Espera!

—¿Quién me habla así?—prorrumpió don Fernando; pero de pronto se encontró en una obscuridad terrible.

Allá en el fondo de la caverna negra veíanse apenas de cuando en cuando estrellitas rojas que brillaban en el fondo de cráneos blancos y amarillos.

Hernán Cortés se encontró solo. Y en aquella horrenda soledad escuchó al fin las palabras siguientes:

—Somos los que amamos la ciencia; nos persiguen y aquí nos refugiamos para poder con toda calma dedicarnos á los trabajos de las ciencias. Oye, Hernán, tú vas á tener un destino magnífico porque eres inteligente, amante de aventuras, audaz, tú amas los nuevos acontecimientos; por eso no eres vulgar. Nosotros buscamos en las ciencias todo lo nuevo, todo lo que aun no se ha descubierto. Y por fin sabemos que tú eres capaz de ir á descubrir lo que hay más allá de nuestros mares. Y como también eres valiente, vé y conquista los mundos

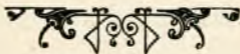


nuevos; que tu espada sirva á la buena causa; arranca á la idolatria á los indios... Envaina tu espada, Hernán Cortés, y lánzate en pos de gloriosas empresas. Sé bueno, generoso y heroico... Busca el amor y que nunca te ciegue la ambición.

.

Después cien brazos sugetaron á don Fernando, llevándolo por fin hasta el atrio de una iglesia donde despertó encontrándose herido de muerte. Le habían dado al amanecer una estocada terrible. Tuvo fiebre el estudiante y siempre á través de sus delirios conservó viva la historia aquella del hombre de la caverna, del príncipe desconocido que le habló de glorias futuras allá, allá en las regiones del Nuevo Mundo.

Ya iremos viendo como fueron las aventuras más notables de Hernán Cortés.



- Historia de Meztlichotil**
- Las Hazañas de Moctezuma**
- El Estandarte Negro**
- Un Sueño de Moctezuma**
- La Muerte del rey Tizoc**
- Los paraísos del Nuevo Mundo**
- El juramento de Cuahutemoc**
- Historia de la bella Mallitzin**
- El Abismo de las Flores de sangre**
- Diego Colón, el hijo del Genio**
- El defensor de los Indios**
- Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo**
- La paloma de San Pedro**
- La cruz de la espada**
- La princesa Axempaxot Chitl**
- La conjuración ante el huracán**
- El guerrero Azteca**
- Las fuentes del oro**
- Los españoles en Yucatan**
- El Aguila ante los hijos del sol**
- El Embajador Ocelotl**
- Los monstruos del Rayo**
- El castillo del poder**
- Hernán Cortés y sus primeras aventuras**
- El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo**